

LA VIOLENCIA FILIO-PARENTAL: UNA REVISIÓN DE LA INVESTIGACIÓN EMPÍRICA EN ESPAÑA Y SUS IMPLICACIONES PARA LA PREVENCIÓN Y TRATAMIENTO

Vicente Garrido Genovés¹ y María José Galvis Doménech

Instituto de Creatividad e Innovaciones Educativas (Universidad de Valencia)

Resumen: La violencia filio-parental (VFP) ha suscitado recientemente un gran interés en España y en otros países debido a un aumento significativo de los casos en el último decenio. La mayoría de los estudios han buscado factores de riesgo dentro de la familia, en particular la experiencia de violencia sufrida por los hijos y su exposición a estilos educativos inadecuados. En este artículo se realiza una revisión de las investigaciones realizadas en España, y se propone un modelo para explicar una trayectoria de VFP en aquellas familias donde no se dan tales factores de riesgo. Este modelo se basa en la importante investigación internacional que se ha realizado en los últimos treinta años sobre los rasgos de psicopatía en niños y jóvenes. Finalmente se concluye las derivaciones para la prevención y tratamiento de esta violencia en base al diagnóstico de los rasgos de psicopatía en los hijos.

Palabras clave: violencia filio-parental, factores de riesgo, familia, psicopatía infanto-juvenil.

Abstract: The child to parent violence (CPV) is a growing concern in Spain and other countries because of the rise of this phenomenon in the forensic context. Most of the studies have focused in the analysis

¹ Email correspondencia: vicente.garrido@uv.es

of the family risk factors, mainly the exposure to violence and inadequate parenting styles suffered by the children. This paper reviews the research carried out in Spain and introduce a model to explain the development of the CPV in the families where these risk factors are no present. This model is founded in the important international research collected in the last 30 years about the psychopathic traits in children and adolescents. Finally some ideas about the prevention and treatment of the CPV derived from this model are presented.

Key words: Child to parent violence, risk factors, family, psychopathy in children and youth.

Podemos definir la violencia-filioparental (en adelante VFP) como la realización reiterada en el tiempo de conductas violentas (de naturaleza psicológica o física) por parte de los hijos hacia sus padres con el objeto de generar un ambiente de intimidación que anule su autoridad y les permita lograr sus deseos. Las denuncias por este motivo han crecido de una manera muy notable en los últimos diez años, y no solo en España, sino también en Europa y Estados Unidos (Walsh y Krienert, 2007). Así, según la Memoria de la Fiscalía General del Estado de 2014, de 2.000 casos procesados en el año 2006 se pasó a 5.201 en 2009, y hasta la fecha el número de menores juzgados por VFP cada año oscila en torno a los 5.000 (Abadías, 2016).

Como suele ser habitual en los delitos domésticos, el número de casos reales debe ser muy superior, considerando la vergüenza y el temor de los padres asociados a denunciar su caso, y así lo prueban los estudios sobre prevalencia en menores escolarizados. Por ejemplo, Ibabe, Jaureguizar y Bentler (2013) hallaron que en su muestra de 485 adolescentes de la provincia de Guipúzcoa, el 21% había sido físicamente agresivo con sus padres y un 33% había empleado violencia psicológica. En un estudio posterior con una muestra algo mayor de 585 sujetos, Ibabe (2015) señaló que el 5% de los encuestados manifestaron haber ejercido algún tipo de violencia física grave hacia algunos de sus padres en alguna ocasión; el 11% fue responsable de una violencia física leve, y un 13% ejerció ambos tipos de violencia. No obstante, es importante constatar que el fenómeno de la VFP remite a una conducta repetida a lo largo del tiempo con el propósito de tomar una parcela mayor de control sobre sus vidas, por lo que los actos de violencia aislada deberían ser separados para no confundir la comprensión de dos fenómenos que pueden describir factores etiológicos diferentes.

Este artículo tiene dos partes. En la primera se centra en la revisión de la investigación empírica realizada en España sobre VFP con el objetivo de plasmar los principales hallazgos acerca de este tipo de violencia y de sus autores. En el segundo desarrollamos la hipótesis exploratoria de que los estudios sobre menores y jóvenes con rasgos de psicopatía pueden introducirse de manera legítima en la comprensión de la VFP, y en particular para dar cuenta de un subgrupo hasta la fecha no identificado ni investigado en la literatura española o internacional.

Una idea central que recorre este trabajo es que hay varios tipos de menores violentos con sus padres, que obedecen a estrategias de desarrollo diferentes. Una división que creemos esencial es la siguiente: menores que han sufrido una seria exposición a la violencia, bien de forma directa (víctimas de malos tratos), bien de modo indirecto (presenciando violencia entre sus padres), o de algún modo han sufrido una educación particularmente negligente o coercitiva, y los jóvenes que, a pesar de disponer de unos padres adecuados, les hacen objeto de su violencia.

En relación con este último punto, presentamos un modelo para entender la VFP de familias adecuadas en su proceso de socialización desde la perspectiva de los estudios en psicopatía infanto-juvenil. De la revisión anterior efectuada veremos que hay suficientes datos para apoyar este modelo si los integramos con la investigación internacional relacionada con los rasgos de la psicopatía en niños y adolescentes. Nuestra tesis es que la violencia que ejercen los hijos hacia los padres en aquellas familias que cuentan con padres adecuados puede explicarse debido a los rasgos de psicopatía de los hijos, los cuales van minando las pautas educativas de aquellos hasta convertirlos en figuras sin autoridad y con un estilo de relación con los hijos deteriorado. Posteriormente, en el apartado de conclusiones, examinaremos las repercusiones que se derivan de la distinción anterior en el terreno de la prevención y atención a los menores que ejercen violencia filio-parental.

La investigación en España

Nuestra revisión tomó en consideración todos los trabajos publicados por investigadores españoles que aportaran resultados empíricos en torno a la VFP realizados a partir del año 2000 hasta la actualidad. El primer trabajo empírico encontrado por nosotros lleva la fecha corresponde a Cuervo, Fernández-Molina y Rechea (2008). Se emplearon las bases de datos PsycINFO, ProQuest Central, ProQuest Psychology Journals, PubPsych y Dialnet, y las palabras clave

(con sus equivalentes en español) *child-to-parent violence* y *parent abuse* en su relación con *antisocial behavior*, *exposure to violence*, *family violence*, *parenting styles*, *family discipline* y *maladjustment*, *prevention*, *intervention* y *treatment*.

A continuación presentamos los resultados de esta revisión integradora narrativa de acuerdo con las variables investigadas más relevantes, que hemos agrupado en estos cuatro aspectos: datos sociodemográficos y naturaleza de la VFP, exposición a la violencia y estilos educativos, variables de personalidad (en un sentido amplio, incluyendo aspectos del procesamiento cognitivo y emocional) y trastornos psicológicos.

Datos sociodemográficos, naturaleza de la violencia y factores asociados con este fenómeno

El agresor que perpetra violencia filio-parental en España presenta el siguiente perfil: se trata de un adolescente de entre 14 y 18 años (Cuervo *et al.*, 2008; Garrido, 2012; Ibabe, Arnosó y Elgorriaga, 2014a; Ibabe, Arnosó y Elgorriaga, 2014b), más frecuentemente de 15 ó 16 años (Calvete *et al.*, 2015d; Carrasco, 2014; Ibabe, 2014; Ibabe y Jaureguizar, 2010; Ibabe y Jaureguizar, 2011; Ibabe y Jaureguizar, 2012), a pesar de que algunos estudios señalan una edad media entre los 14 y 15 años (Calvete, Gámez-Guadix y García Salvador, 2015a; Calvete, Gámez-Guadix y Bushman, 2015c; Calvete, Orue y Sampedro, 2011; Calvete, Gámez-Guadix y Orue, 2014a; González-Álvarez, Graña, Morán y García-Vera, 2012). A medida que son más mayores, ejercen una violencia más destructiva (Ibabe y Bentler, 2016). La edad propicia para el desencadenamiento de la conducta violenta hacia los padres se sitúa en torno a los 13-15 años (Carrasco, 2014; Garrido, 2012).

Respecto al sexo, predominan los varones sobre las mujeres de forma generalizada (Garrido, 2012, Cuervo y Rechea, 2010; Contreras y Cano, 2016). Los estudios muestran unos resultados que oscilan entre un 66-85% de chicos y 15-30% de chicas (Carrasco, 2014; Cuervo *et al.*, 2008; González-Álvarez *et al.*, 2012; Ibabe *et al.*, 2014ab; Ibabe y Jaureguizar, 2010; Ibabe y Jaureguizar, 2012).

Una parte sustantiva de los menores proceden de familias monoparentales (Calvete *et al.*, 2014b; Carrasco, 2014; Ibabe y Jaureguizar, 2010; Cuervo *et al.*, 2008) donde la figura materna es la más habitual (Contreras y Cano, 2014), y la madre es la cuidadora y educadora principal (Cuervo y Rechea, 2010; Garrido, 2012). La mayoría proce-

de de clase social media (60%), y los restantes, de alta (20%) y baja (20%) (Contreras y Cano, 2014); estos porcentajes representan bien los datos que aparecen en otros estudios que utilizan muestras comunitarias. Sin embargo, el estatus socioeconómico de los menores procesados por el sistema de justicia juvenil puede verse afectado por las circunstancias familiares y su deseo y confianza para presentar una denuncia.

Se establecen diferencias entre estudios sobre el tipo de violencia que estos jóvenes ejercen sobre sus padres. En el estudio de Garrido (2012), que incluyó a 23 menores que componían el universo de menores atendidos por VFP en Cantabria en un año natural, se indicó que la violencia predominante es la verbal. Esta aseveración es compartida por otros investigadores, quienes estiman que la violencia verbal es mayoritaria (Calvete *et al.*, 2011). Sin embargo, hay grupos de investigación que señalan que es más frecuente la violencia física (73%) (Ibabe *et al.*, 2014a). A pesar de las anteriores discrepancias, son más numerosos los estudios que consideran que la violencia física y psicológica se ejerce conjuntamente con asiduidad (Cuervo *et al.*, 2008; Ibabe y Jaureguizar, 2010).

Contrariamente a lo expuesto, desde la perspectiva de los adolescentes, las agresiones psicológicas son mayores (Calvete, Orue y González-Cabrera, en prensa; Calvete *et al.*, 2014a; Ibabe, 2014; Ibabe y Jaureguizar, 2011;) en comparación con los datos aportados por los autoinformes cumplimentados por los padres (Calvete *et al.*, 2015a). En el estudio de Calvete *et al.* (2015a), los padres informaron de menos agresiones psicológicas de lo que lo hicieron sus hijos, pero en cambio informaron de más agresiones físicas. En todo caso, la intervención por parte de profesionales es solicitada con mayor frecuencia ante los actos de violencia física que psicológica (Carrasco, 2014). Los jóvenes suelen emplear la violencia física si se trata de varones, y la violencia psicológica en el caso de las mujeres. Esta pauta es corroborada ampliamente por diversos estudios (Carrasco, 2014; Calvete *et al.*, en prensa; Calvete *et al.*, 2011; Calvete *et al.*, 2014b; Ibabe *et al.*, 2013; Ibabe y Jaureguizar, 2011; Ibabe, Arnos y Elgorriaga, 2014a). No obstante, en uno de los estudios se señala que la violencia económica se da por igual en ambos sexos (Lozano-Martínez, Estévez y Carballo, 2013).

Las madres son agredidas físicamente con mayor frecuencia por sus hijos, (Calvete *et al.*, 2014a; Carrasco, 2014; Cuervo *et al.*, 2008; Garrido, 2012; Ibabe y Jaureguizar, 2010; Ibabe *et al.*, 2013), pero también son las víctimas principales cuando se trata de violencia verbal (Calvete *et al.*, 2011; Ibabe y Jaureguizar, 2011; Lozano-Martí-

nez *et al.*, 2013). La mayor frecuencia de abuso psicológico y emocional contra las madres podría suponer un factor de riesgo a largo plazo para la violencia física contra estas por parte de sus hijos, como reflejo de una escalada de violencia (Ibabe y Jaureguizar, 2011). Las cifras aproximadas indican que la madre suele recibir el 90% de las agresiones, y el padre cerca del 10% (Contreras y Cano, 2014). De forma residual, los agresores pueden ejercer violencia contra otros miembros de la familia (Carrasco, 2014), como son los hermanos (Calvete *et al.*, 2014b; Garrido, 2012) en aquellas situaciones en las que estos adoptan una postura de autoridad (Cuervo y Rechea, 2010).

La violencia que ejercen estos agresores puede ser tanto limitada al ámbito familiar, como extensible fuera del hogar (Garrido, 2012; Ibabe y Jaureguizar, 2008). Se estima que cerca del 65% de agresores filio-parentales también ejerce violencia fuera del ámbito familiar, y presenta conductas antisociales y delictivas (Cuervo *et al.*, 2008). Algunos de los jóvenes que perpetran VFP poseen un historial delictivo previo (Ibabe y Jaureguizar, 2010). En un reciente estudio con 72 menores atendidos por los servicios sociales por VFP, se contabilizó que el 71.2% había recibido intervenciones previas por actos antisociales (Carrasco, 2014).

Desde la perspectiva del desempeño escolar, los agresores filio-parentales suelen presentar problemas en el colegio (Garrido, 2012; Ibabe y Jaureguizar, 2012), reflejados en un desajuste escolar (Ibabe, 2014; Ibabe, Arnoso y Elgorriaga, 2014b), problemas de conducta en el aula, absentismo escolar y rendimiento académico deficiente (Calvete *et al.*, 2011; Cuervo *et al.*, 2008). Los datos más actualizados apuntan a que las cifras de fracaso escolar pueden alcanzar el 90.7% de los casos (Carrasco, 2014), especialmente por lo que concierne a los chicos (Calvete *et al.*, 2014b). Desde la perspectiva de los padres, resulta habitual recibir quejas procedentes del colegio de sus hijos por problemas de conducta (González-Álvarez *et al.*, 2012). Según los padres, sus hijos frecuentan compañías inapropiadas, en tanto que son igual de violentas que sus hijos (Calvete *et al.*, 2015d; González-Álvarez *et al.*, 2012) e incluso han cometido delitos o han establecido un contacto con la policía por problemas de conducta (Calvete, Orue y Sampedro, 2011).

Los jóvenes presentan un perfil de consumo de estupefacientes recurrente (Calvete *et al.*, 2011; Carrasco, 2014; Garrido, 2012; Ibabe, Arnoso y Elgorriaga, 2014; Ibabe *et al.*, 2013; Ibabe y Jaureguizar, 2011; Ibabe y Jaureguizar, 2012) donde destaca el consumo de cocaína en los adolescentes agresores de padres en comparación

con los que no perpetran esta violencia (Ibabe y Jaureguizar, 2010; Calvete, Orue y Gámez-Guadix, 2015b). Algunos padres señalaron que sus hijos tenían problemas con el alcohol (Calvete *et al.*, 2015b; Calvete *et al.*, 2014b); sin embargo, los menores, a pesar de confirmarlo, puntualizaron que la violencia era provocada por el síndrome de abstinencia y no por el mero consumo (Calvete *et al.*, 2014b). Generalmente, los menores no se responsabilizaron de sus actos (Garrido, 2012; Cuervo *et al.*, 2008). El estudio de Ibabe y Jaureguizar (2011) encontró que el consumo de drogas era una variable predictiva de conductas violentas de los adolescentes hacia sus padres, aunque la asociación no resultó muy elevada.

La experiencia de violencia y los estilos educativos de los padres en la VFP

Cuervo *et al.*, (2008) en su muestra de 146 menores (55 chicas y 91 chicos) con un expediente judicial por VFP analizaron si los menores que ejercían un patrón violento de conducta en el ámbito familiar habían sido víctimas o testigos de agresiones en el hogar. Para alcanzar dicho propósito, se creó un cuestionario *ad hoc* que respondieron los menores. El resultado obtenido fue que el 52.1% de los menores había sido víctimas y/o testigos de malos tratos en el hogar; y además, el 26% de los menores reveló que procedía de hogares desestructurados, y otro tanto de hogares conflictivos.

En general, esos resultados se han confirmado también con muestras comunitarias. Así, Ibabe y Jaureguizar (2011), en su estudio de 485 adolescentes, encontró que ser testigo de actos de violencia de pareja y objeto de violencia por parte de los padres predecía la VFP física de los hijos varones contra ambos padres. Este resultado fue confirmado en un estudio posterior con la misma muestra (Ibabe *et al.*, 2013), donde se constató que dicho efecto de transmisión intergeneracional de la violencia era mayor en los hijos que en las hijas. Posteriores análisis mediante ecuaciones estructurales mostraron que ambas experiencias de violencia contribuían igualmente a explicar una parte considerable de la violencia psicológica y emocional (Ibabe, 2014). Por otra parte, cuando se estudió el fenómeno de la experiencia de violencia en la agresión de los menores a sus padres y se integró como elemento de predicción las estrategias de disciplina de los padres en una muestra de 585 adolescentes, Ibabe (2015) halló que el uso de estrategias coercitivas como el castigo frecuente se asociaba también con la VFP física y psicológica.

El grupo de investigación de Calvete, por su parte, con una muestra de 1.681 universitarios, refrendó la importancia de ambas formas de experiencia de violencia en la VFP tanto en las chicas como en los chicos (Gámez-Guadix y Calvete, 2012). Posteriormente, Calvete *et al.*, (2014a) estudiaron la asociación de factores familiares, como es la victimización directa e indirecta (ser testigo de violencia) en el hogar, con la ocurrencia de VFP física y psicológica severa en una muestra de 1.700 adolescentes, y encontraron que ser testigo de la violencia familiar se asoció a la VFP física contra padres, mientras que la victimización directa familiar lo hizo con la VFP física contra las madres, y la VFP psicológica contra ambos progenitores. Otros estudios de este grupo, tanto de naturaleza cualitativa (Calvete *et al.*, 2014b), como cuantitativa mediante un estudio longitudinal (Calvete *et al.*, 2015c), han venido a confirmar la relación existente entre las experiencias de victimización y la VFP, en este último estudio después de dos años de seguimiento.

A estos datos hemos de sumar los resultados de otras muestras forenses y judiciales. Así, Carrasco (2014) analizó las características familiares que presentaba una muestra de 72 menores y jóvenes recogida en el Servicio Municipal de Urgencias Sociales de Bilbao por intervenciones catalogadas como VFP, hallando que el 37.1% de la muestra había sido expuesta a la violencia en el hogar como víctima, y el 34.3% a actos de violencia de género. Garrido (2012), en su estudio de los menores procesados o atendidos por los servicios de la infancia en Cantabria, halló que el 45% de las familias habían experimentado actos de violencia marital y hacia los hijos.

La presencia de alteraciones psicológicas en los menores que ejercen VFP

Todos los estudios con muestras forenses y comunitarias revelan que los menores que agreden a sus padres presentan una tasa mayor de trastornos psicológicos. Por ejemplo, en la muestra de agresores procesados de Albacete, el 45% de los menores estaban diagnosticados con algún tipo de trastorno psicológico, destacando la categoría de trastornos por Déficit de Atención y «comportamiento perturbador». Dentro de este porcentaje del 45%, hubo un 15,7% de los menores que presentaban comorbilidad con otros problemas psicológicos. También indicaron que un 6,2% manifestó problemas del estado de ánimo, un 2,7% problemas de ansiedad, y un 1,4% problemas en la alimentación (Cuervo *et al.*, 2008).

Ibabe y Jaureguizar (2010, 2012) analizaron los procedimientos judiciales de 103 adolescentes en Bilbao, separados en tres grupos: los agresores de padres (n=35), agresores de padres que también habían cometido otros delitos (n=35) y aquellos infractores que sólo habían cometido otro tipo de delitos (n=33).. Los resultados indicaron que los menores que habían recibido tratamiento psicológico individual antes de la primera denuncia pertenecían en mayor medida a los grupos de sólo violencia filio-parental (77%) y el grupo de VFP más la comisión de otros delitos (68, en comparación con el grupo de otros delitos (22%). Los menores de los grupos de violencia filio-parental (36% y 29%, respectivamente), presentaban un mayor porcentaje de trastornos psicológicos que los del grupo de otros delitos (6%). Los diagnósticos clínicos de los jóvenes que habían cometido VFP se clasificaron del siguiente modo: Trastorno por Déficit de Atención y comportamiento perturbador (77%), Trastorno de Personalidad (14%, donde está el Límite, con un 67% y el Esquizoide, en un 33%), Trastorno de Estado de Ánimo (4.5%) y Dependencia de sustancias (4,5%).

En el estudio de «El Modelo de Cantabria» de Garrido (2012), los profesionales observaron que el 30% de los menores presentaba problemas emocionales o psiquiátricos, un 40% baja inteligencia, un 45% presentaba síntomas depresivos, un 50% había anunciado su suicidio y un 40% tenía antecedentes de incendios. El dato más significativo por lo que respecta al diagnóstico clínico era que un 45% de los jóvenes de la muestra había sido diagnosticado de un trastorno mental o de aprendizaje que en la mayoría de los casos se trataba de TDAH, Trastorno Negativista Desafiante o Trastorno Disocial.

En el estudio de Carrasco (2014) también se evaluó la posible presencia de alteraciones psicológicas en los jóvenes que habían ejercido VFP, así como intervenciones psicológicas previas (ya fuera para tratar la violencia u otros problemas psicológicos o sociales). Tras el análisis de los 72 expedientes de menores que habían ejercido VFP y de la realización de las entrevistas semiestructuradas a los padres, se observó que el 87% de los jóvenes del estudio había sido diagnosticado de algún trastorno psicológico, y el 71,2% había recibido intervenciones anteriores o terapias anteriores.

Personalidad de los menores y patología asociada

Cuervo *et al.* (2008) indicaron que una parte de la muestra presentaba características asociadas a los problemas de violencia en los jóvenes, como es la baja autoestima, baja tolerancia a la frustración e impulsividad. En el estudio cualitativo posterior los padres mani-

festaron estos aspectos más la falta de empatía y la temeridad (Cervo y Rechea, 2010).

Por otra parte, Ibabe y Jaureguizar (2010, 2011, 2012), en el estudio donde se compararon dos grupos de VFP (el segundo autor además de otros delitos) con menores no procesados, hallaron que el perfil psicológico de los dos grupos de adolescentes que agredieron físicamente a sus padres se caracterizó por el consumo de drogas, bajos niveles de autoestima y la ansiedad. Se encontró que el consumo de drogas, la autoestima y la ansiedad eran variables predictoras de las conductas violentas de aquéllos contra sus progenitores, aunque la asociación no era muy elevada. Además, en los grupos que cometieron VFP había más adolescentes con baja autoestima y bajo nivel de tolerancia a la frustración y baja capacidad de empatía que en el grupo de jóvenes denunciados por otro tipo de delitos.

En el estudio del grupo de Ibabe *et al.* (2013) con 485 escolares adolescentes también se halló una correlación entre la violencia hacia los padres, los estilos parentales y el perfil psicológico del menor. El abuso físico hacia los padres se relacionó con una baja autoestima de los jóvenes ($r=-.21$, $p=.001$), locus de control externo ($r=.13$, $p=.008$), desajuste social ($r=.21$, $p'.001$) y abuso de drogas ($r=.22$, $p'.001$). Además, la violencia psicológica y emocional hacia los padres también se relacionó con estas variables psicológicas.

En otro estudio posterior, Ibabe *et al.* (2014a) trabajaron con una muestra constituida por 231 adolescentes de ambos sexos, con edades comprendidas entre los 14 y 18 años, que vivían en el País Vasco. Del total, 106 habían cometido algún tipo de delito, y el resto procedían de una muestra comunitaria. Algunos de los delincuentes habían agredido a sus padres ($n=59$) y el resto era responsable de otros delitos ($n=47$). Los resultados fueron que mientras el grupo de agresores de padres compartía con los otros delincuentes ciertos problemas emocionales (locus de control externo, falta de motivación y somatizaciones) en contraste con el grupo de no delincuentes, los autores de VFP se caracterizaban por presentar varios tipos de desajuste: emocional, relacionado con estados depresivos y una mayor insatisfacción familiar. La violencia hacia los padres estuvo moderadamente asociada con la sintomatología depresiva ($r=.39$, $pz.001$) y con problemas de comportamiento ($r=.55$, $p'.001$). Estos resultados también se ratificaron en un estudio posterior (Ibabe *et al.*, 2014b): los autores de VFP mostraron un alto nivel de síntomas emocionales (depresión, culpa, bajo rendimiento escolar, remordimientos o desajuste personal) en comparación con el resto de delincuentes.

En el estudio de Calvete *et al.* (2011), con muestra comunitaria, la VFP se asociaba a conductas delincuentes o de ruptura de normas, incluyendo actos tales como robos, agresiones en general y absentismo escolar, consumo de drogas, estilo impulsivo de resolución de conflictos sociales, síntomas depresivos y baja autoestima. Por otra parte, el esquema de grandiosidad o narcisismo se asoció a todos los tipos de VFP, tanto verbal como física. En el estudio posterior cualitativo de Calvete y cols. (2014b), también se exploraron las características de personalidad de los jóvenes que habían ejercido VFP a través del método «Focus Group». Las madres y padres refirieron los rasgos temperamentales violentos de sus hijos desde una edad muy temprana, lo que conllevó una historia de visitas a especialistas: se mencionaron casos de trastorno límite y de desórdenes alimenticios. Por lo que respecta a los profesionales, estos informaron de que, en el caso de los chicos, existían rasgos comunes (impulsividad, baja autoestima, fracaso escolar, consumo de sustancias, baja tolerancia a la frustración, inmediatez y carencia de objetivos a largo plazo); mientras que en el caso de las chicas abundaban las conductas autodestructivas, como conductas sexuales de riesgo, consumo de sustancias y fracaso escolar. Los profesionales interpretaron el comportamiento violento como expresión de una depresión.

Calvete y cols. (2015a) en su estudio longitudinal comunitario examinaron el comportamiento agresivo, especialmente el papel de la ira, y su relación con la VFP. Participaron 1.272 adolescentes de ambos sexos entre 13 y 17 años (edad media 14.74). Los resultados indicaron que la ira fue el predictor más poderoso de un incremento de VFP para las chicas, mientras que las atribuciones hostiles fueron el mejor predictor para los chicos. Los autores sugirieron que la ira derivada del conflicto con sus padres podía explicar por qué las chicas ejercen más violencia filio-parental psicológica que los chicos. Por otra parte, la agresión hacia los padres también incrementaba la probabilidad futura de que los adolescentes realizaran atribuciones hostiles, experimentaran ira, comenzaran a mostrar agresividad y anticiparan consecuencias positivas para ellos mismos debido a estas acciones.

Calvete y cols. (2015c) presentaron un estudio similar al anterior con carácter longitudinal de tres años. Participaron 591 adolescentes que habían ejercido VFP. El resultado principal de este estudio fue que la VFP se asociaba fuertemente con el narcisismo, el rechazo de los hijos hacia los padres y la justificación de la violencia: las conductas narcisistas-egoístas en los jóvenes predecían las agresiones hacia los padres. En opinión de los autores, los adolescentes tendían a desarrollar estos esquemas narcisistas cuando los padres no les apoyaban o no estaban próximos afectivamente a sus hijos en el hogar.

Otro estudio diferente de Lozano-Martínez *et al.* (2013) tenía por objetivo analizar la relación existente entre la VFP y determinadas variables tales como el malestar psicológico, sintomatología depresiva, estrés percibido, soledad, autoconcepto, alexitimia, empatía y consumo de drogas. En dicho estudio participaron 255 adolescentes de ambos sexos con edades comprendidas entre los 12-18 años (media de 13.9 años), escolarizados en un centro de ESO en Alicante. Uno de los resultados del estudio fue que la agresividad global, el malestar psicológico y la dificultad para identificar emociones aparecieron como factores de riesgo individuales para realizar actos de VFP hacia el padre. Por otro lado, entre las variables que predijeron la VFP hacia la madre se encontraron los factores individuales de riesgo de agresividad global, el sentimiento de soledad, la dificultad para identificar emociones y la insatisfacción con la vida.

En un trabajo pionero, Contreras y Cano (2016b) examinaron variables de competencia social, como la inteligencia emocional, las actitudes sociales y los valores personales en adolescentes que habían cometido VFP, y analizaron si existían diferencias con respecto a un grupo de no agresores adolescentes. La muestra estuvo compuesta por 60 adolescentes, 30 de los cuales procedían del Sistema Juvenil de Justicia de Jaén por haber cometido un delito de VFP (20 chicos y 10 chicas), y los 30 restantes no han cometido ningún delito y procedían de un instituto de secundaria de la región (20 chicos y 10 chicas). Los datos revelaron que los agresores de padres presentaron, en comparación con los no agresores, puntuaciones menores de inteligencia emocional, menos actitudes prosociales y más actitudes antisociales, así como elevadas puntuaciones en el valor de hedonismo. Los agresores de padres mostraron niveles menores en tres factores de inteligencia emocional: la atención a los sentimientos, la claridad de los mismos, o el humor. En síntesis, los agresores de padres tuvieron una menor capacidad para identificar, controlar y expresar emociones y sentimientos. Respecto a las conductas antisociales, los autores de VFP mostraron una alta tendencia a la agresividad y dominancia en comparación con los no agresores; estaban menos dispuestos a escuchar a los otros y a entenderlos, siendo más insensibles a las necesidades de los demás. Además, presentaron problemas de respeto a las normas y a las figuras de autoridad, una conducta agresiva en las interacciones interpersonales, junto con una tendencia a intimidar, a amenazar y a manipular a los demás. Por lo que concierne a los valores personales, otorgaban importancia de manera jerárquica al hedonismo, y al logro del poder y control sobre los otros.

Finalmente, en el estudio del «Modelo Cantabria» de Garrido (2012), se halló que los hijos violentos en el hogar mostraban carac-

terísticas de personalidad como la falta de empatía, insensibilidad emocional, narcisismo, egocentrismo e impulsividad, superando a otro tipo de delincuentes en insensibilidad emocional y narcisismo (no en impulsividad).

Conclusiones a la Investigación de la VFP en España

Un número importante de los agresores de VFP han sido víctimas o testigos de violencia en el hogar y esta exposición ha sido considerada uno de los mejores predictores de VFP. Junto a ello, algunos estudios apuntan a que son numerosos los adolescentes que proceden de familias desestructuradas y conflictivas, sobre todo en el contexto forense, pero no en las muestras comunitarias. En todo caso, muchos de estos jóvenes han recibido estilos de crianza que la investigación ha relacionado con el aprendizaje de conductas violentas y haber sido víctimas o testigos de violencia familiar. Ambas circunstancias están relacionadas, e incrementan la probabilidad de ejercer VFP contra los progenitores. Este hecho se relaciona con el fenómeno de transmisión intergeneracional de la violencia, donde los menores han podido aprender que la agresión es necesaria para sobrevivir.

Aproximadamente la mitad de los jóvenes procesados por VFP presentan un diagnóstico clínico de patología mental, entre los que resulta más frecuente el TDAH o el Trastorno Disocial. Una parte importante de dichos sujetos diagnosticados presentaban comorbilidad con otros problemas psicológicos como trastornos del desarrollo o consumo abusivo de alcohol y drogas.

Los adolescentes que perpetran VFP presentan baja autoestima, falta de empatía e insensibilidad emocional, baja tolerancia a la frustración, narcisismo, egocentrismo y hedonismo e impulsividad, esto es, características tradicionalmente asociadas a la conducta delictiva y que predicen la VFP. Dichos problemas de conducta se iniciaron a edades tempranas, y muchas veces se asocian a estos de ánimo depresivo.

La psicopatía y la VFP en los menores

La hipótesis de la psicopatía

En el año 2005 desarrollamos la hipótesis de que los hijos violentos que crecían en familias con padres y circunstancias «normales»,

presentaban rasgos de psicopatía en mayor o menor medida, en comparación con los hijos que mantenían una buena relación con sus padres (Garrido, 2005). Sin embargo, en los casos que llegaban a servicios sociales o los juzgados, tras la exploración por parte de los psicólogos y trabajadores sociales, se concluía que los padres no habían sabido educar a sus hijos, obviando cualquier estudio de personalidad de los niños así como el origen del comportamiento violento en el tiempo. Lo que veían estos profesionales eran ya unos padres derrotados, sin autoridad, que desde luego mostraban en esos momentos estilos educativos claramente ineficaces, sin comprender que habían incurrido en la falacia a posteriori: atribuir las causas de un fenómeno a los hechos que se están explorando en el presente. De este modo, los profesionales veían a unos padres ineficaces en el cuidado de sus hijos en el Tiempo 2, y concluían que ese mismo estado de cosas existía en el Tiempo 1. Cuatro años después, las investigadoras Cuervo y Rechea (2010) llegaron a apoyar esta interpretación de los hechos al realizar un estudio cualitativo con padres y menores que habían tenido que comparecer ante los juzgados por la violencia de los hijos². Que nosotros sepamos, esta es la única afirmación que hemos podido encontrar donde se reconoce el hecho de que existen casos de esta naturaleza. Dado que las autoras no estudiaron la psicopatía en los menores, no se pudo concluir que este factor estaba detrás del proceso de deterioro de sus padres como agentes educativos, pero es fácil observar que tanto en su investigación como en la de los otros autores muchos padres no poseen los factores de riesgo anteriormente comentados.

La psicopatía en los niños y jóvenes

La investigación ha demostrado de forma reiterada que la psicopatía en la infancia y la adolescencia se asocia de manera sólida con la agresión y la delincuencia, así como con otros desajustes

² «Un punto muy importante a tener en cuenta es el de los estilos educativos aplicados por los padres. Se puede observar que inicialmente las normas impuestas a los hijos son las que se suelen aplicar a cualquier niño y adolescente, modificándose a medida que los hijos se hacen mayores (...) Es decir, se trataría tanto de una inversión de roles donde la figura de autoridad la ejerce el hijo, *como de un proceso de involución donde los patrones de crianza se transforman en inadecuados habiendo sido adecuados en un principio*. De cualquier manera, ante la imposición a cualquier precio y el uso de la violencia para obtener los objetivos deseados, la educación y control de la conducta de estos menores se torna en tarea ardua y en muchas ocasiones carente de pautas claras de elección por parte de los padres». (p. 372.)

psicosociales, incluyendo el abuso de drogas y el fracaso escolar (Salekin, 2016). Este hecho no pudo ser ignorado por más tiempo por parte de los responsables de revisar el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales, y en su quinta revisión (DSM-5) incorporó la dimensión de la psicopatía insensibilidad emocional (en adelante, IE) como un especificador del Trastorno de Conducta bajo el nombre de «emociones prosociales limitadas» (en adelante, EPL), el cual incluye síntomas como ausencia de remordimientos o sentimiento de culpa, falta de empatía, emociones superficiales y desconsideración de los efectos de la conducta en los demás. Esta introducción parcial de la psicopatía en el ámbito del diagnóstico infanto-juvenil, sin embargo, no ha dejado satisfecho a muchos investigadores. En efecto, Salekin (2016) lamenta que, obrando de este modo, el DSM-5 haya dejado fuera muchos otros rasgos de la psicopatía. Por ejemplo, el Trastorno de Conducta (TC) con el especificador EPL tan solo incluye 6 de los 20 ítems de la Escala de Psicopatía de Hare, la PCL-R (Hare, 2003). Si la psicopatía en los jóvenes contiene «tres dimensiones [relaciones interpersonales, vida afectiva e impulsividad], junto a la conducta antisocial, al igual que la psicopatía en los adultos» (Salekin, 2016, p. 182) entonces deberíamos también considerar la importancia de las otras dos dimensiones además de la insensibilidad emocional (EPL en el DSM-5), como son la dimensión interpersonal (caracterizada por un estilo de relación arrogante, la creencia de ser superior a los demás, la mentira y el engaño, la dominancia y la manipulación, que podríamos resumir como «narcisista-manipulador») y la conductual/impulsividad, caracterizada por la tendencia al aburrimiento, la búsqueda de sensaciones y de experiencia de riesgos, donde lo que destaca es la ausencia de regulación emocional y autocontrol.

Estos tres factores en su conjunto, a los que hay que añadir el historial de conducta antisocial, constituyen una entidad superior a la que evalúa cada una de las dimensiones o factores por separado, aunque sin duda por formar parte de ese concepto de orden superior, exista una correlación entre ellos (Hare, 2016). Tal entidad es la personalidad psicopática. Pero –recuérdese–, el DSM-5 solo incluye una dimensión, la IE. Lo que nos propone Salekin es que veamos la importancia de esas otras dos dimensiones escamoteadas en el TC definido en el DSM-5, además de la IE, y de la personalidad psicopática en su conjunto.

La dimensión Insensibilidad Emocional, IE (o EPL). La dimensión IE (insensibilidad emocional, correspondiente a las «emociones prosociales limitadas» o EPL) sin duda es importante para la concepción de la psicopatía, y con frecuencia se asume que

constituye el elemento esencial o núcleo de la misma (López Romero, Romero y Villar, 2012)³ En todo caso, nadie duda hoy en día de que los rasgos de la IE en niños y jóvenes, que se detectan de forma muy temprana en los niños (Viding, Frick, Moffitt y Plomin, 2008), incrementan de un modo significativo la gravedad y persistencia de las conductas antisociales cuando hay un diagnóstico de Trastorno de Conducta. Por otra parte, estos jóvenes con un nivel alto de IE y de TC también difieren de los que muestran solo el TC en que exhiben diferentes factores de riesgos sociales y emocionales (Frick, Ray, Thornton y Kahn, 2014).

En la actualidad, además de las pruebas desarrolladas para evaluar la psicopatía en su conjunto en niños y jóvenes, el instrumento preferido para el diagnóstico de los rasgos de IE es el «Inventario de Rasgos de Insensibilidad Emocional» (Inventory of Callous-Unemotional traits, ICU), original de Paul Frick y Morris (2004) y adaptado en España por Ezpeleta, Granero, Penelo y Doménech (2013). Dicho Inventario consta de tres dimensiones: falta de empatía y sentimiento de culpa; falta de preocupación por nuestros actos y los sentimientos de los demás, y falta de expresión emocional (*Callous, Uncare y Unemotional*, respectivamente, en inglés). Estudios realizados con el ICU han mostrado que los chicos que presentan altos niveles de IE poseen también un elevado grado de impulsividad que se asocia a la obtención de actividades reforzantes, es decir, metas hedonistas que desean obtener, lo que sin duda aumenta su capacidad de asociarse a múltiples problemas de desafío y agresividad en la infancia (Roose *et al.*, 2010; cit. en López Romero, Romero y Gómez-Fraguela, 2015). Por otra parte, un reciente estudio con 176 delinquentes juveniles internados por cometer delitos graves en un centro de Estados Unidos, mostró que los menores que puntuaron más alto en los rasgos de IE tendieron a mostrar una menor inteligencia emocional, lo que denotaba la importancia de analizar los déficits en el procesamiento de la información que son característicos de estos menores (Kahn, Ermer, Salovey y Kiehl, 2016).

Lo cierto es que hay mucha investigación que nos revela la mayor dificultad que presentan los niños con la dimensión IE elevada para ser educados por los padres. ¿Por qué? Esta dificultad derivaría de

³ No obstante, Salekin (2016, p. 181), afirma que «sin embargo tal asunción no tiene un apoyo empírico claro, y [por otra parte] no queda claro qué es lo que se quiere decir con el concepto de núcleo (...) el núcleo puede variar en los diferentes sujetos: mientras que algunos jóvenes pueden comenzar exhibiendo rasgos arrogantes y manipuladores, otros pueden hacerlo con los rasgos de insensibilidad emocional y unos terceros con los de la impulsividad».

tres ámbitos (O'Connor, Humayun, Briskman y Scott, 2016): a) El fuerte componente genético que se ha observado en los menores con TC con alta insensibilidad emocional. b) Los estudios que muestran que los rasgos de IE moderan los resultados de los estilos educativos de los padres y del ajuste conductual de los niños finalmente logrado, en el sentido de que los niños con alta IE suelen obtener peores resultados o dificultan más los efectos positivos de la educación de los padres; y c) la que procede de los estudios de tratamiento, donde habitualmente se registra la menor respuesta que estos niños proporcionan ante estrategias de castigo como el «tiempo fuera», así como ante los resultados del tratamiento en su conjunto.

Probablemente, desde el plano de la conexión causal entre IE y dificultad de socialización, tendría sentido recordar que son las emociones positivas las que producen la vinculación segura entre los padres y el niño. La capacidad de educar de los padres depende en buena medida de la fuerza de ese vínculo, ya que es a través de la identificación con los padres que se produce la interiorización de los principios y normas que guían el comportamiento. En efecto, tenemos pruebas relevantes de que los psicópatas poseen un vínculo muy pobre con (sobre todo) su madre. Beaver *et al.* (2012), con una muestra representativa de toda la nación de más de 20.000 jóvenes provenientes de un estudio longitudinal realizado en Estados Unidos, encontró que las variables que se hallaron asociadas a los rasgos psicopáticos de personalidad doce y trece años después fueron la desvinculación materna, la relación con amigos delincuentes y tener la residencia en una zona empobrecida. También hay investigación reciente que muestra un menor contacto ocular entre madres y niños con rasgos elevados de insensibilidad emocional (Dadds *et al.*, 2011). Finalmente, en poblaciones de adultos, Schimmenti *et al.* (2014) encontró que en una muestra de 139 presos violentos, los que registraron un apego más desorganizado eran los sujetos con psicopatía más alta.

La dimensión Narcisismo-Manipulación (NM). La investigación ha demostrado que es posible identificar ya en preescolares a un grupo de mentirosos crónicos, así como ciertos rasgos egocéntricos, los cuales, medidos a los tres años de edad, probaron ser buenos predictores de una personalidad arrogante en la adolescencia. Diversos estudios han mostrado que la tendencia a considerarse superior a los demás se asocia a la violencia calculada (proactiva o instrumental) y a actos de acoso en grupo y bullying (Salekin, 2016).

Lo cierto es que los rasgos del narcisismo y manipulación (NM) son muy útiles para ejercitar el acoso escolar, ya que se requiere con-

citar la voluntad de los otros para intimidar a la víctima, como han demostrado diversas investigaciones (por ejemplo la de Stellwagen y Kerig, 2013, donde NM se asoció más al *bullying* que los rasgos IE). Además de manipular a los otros, el niño con rasgos NM se sentirá bien consigo mismo mientras emplea la violencia, lo que a su vez se relaciona con un nivel escaso de comportamiento prosocial.

Una reciente revisión sistemática y meta-análisis acerca de la relación existente entre los rasgos de IE y el acoso escolar ha puesto de relieve cómo tanto esta dimensión como el narcisismo pueden ser necesarios para comprender bien este fenómeno. Así, los autores revisaron 53 estudios y observaron que la presencia elevada de IE se asociaba fuertemente con la realización de actos de *bullying* (O. R. 2.55), mientras que tanto la empatía afectiva como cognitiva se relacionaban negativamente (Zych, Ttofi y Farrington, 2016). Dado que, como hemos apuntado arriba, hay trabajos que destacan la importancia del narcisismo (también Fantis y Kimonis, 2013), parece evidente que los componentes de la psicopatía cuando se miden conjuntamente tienden a potenciar el efecto de la personalidad sobre la violencia.

Finalmente, hay estudios que revelan que las actitudes de superioridad, si son cuestionadas, pueden dar lugar a las respuestas violentas (Baumesteir, Smart y Boden, 1996). A modo de ejemplo, en poblaciones comunitarias con adultos, el narcisismo, expresado en el sentimiento de tener derecho a obtener lo que a uno le place por sentirse especial, ha mostrado su relación con actitudes negativas y de dominación hacia las mujeres (LeBreton, Baysinger, Abbey y Jacques-Tiura, 2013).

La dimensión Impulsividad (I). Los sujetos que muestran una personalidad psicopática son «buscadores de sensaciones», irresponsables, con una gran facilidad para aburrirse; en definitiva, exhiben una falta notable de regulación emocional, aspecto que es bien temprano en la vida: por ejemplo, el control del esfuerzo comienza a los dos años y llega a ser un rasgo estable antes de los cuatro (Kochanska, Murray y Harlan 2000). Varios autores señalan que la falta extrema de regulación emocional que denota la impulsividad en los niños es un elemento esencial en la psicopatía (Frick y Morris, 2004; Lynam, 1997).

Lo mismo puede decirse con las conductas de búsqueda de sensaciones y tendencia al aburrimiento, visibles en niños desde los dos hasta los cinco años (Morrongiello, Sandomierski y Valla, 2010). Durante la infancia y la adolescencia, estos rasgos se han asociado con participar en actividades temerarias, niveles bajos de representa-

ción mental de eventos importantes y un mal rendimiento en lectura y matemáticas (Sharp y Vanwoerden, 2014, cit. en Salekin, 2106, p. 183). Por otra parte, hay una abundante literatura que asocia la impulsividad al fracaso escolar y los problemas de conducta, como consecuencia de un pobre funcionamiento de las funciones ejecutivas del cerebro (Wall *et al.*, 2016). Finalmente, esa temeridad parece ir asociada a una menor capacidad para reaccionar con ansiedad frente al castigo, un elemento nuclear en la teoría de Blair acerca de la psicopatía que cuenta con un sólido apoyo empírico (Blair, Mitchell y Blair, 2005).

La personalidad psicopática en los niños y adolescentes

Sin embargo, como decíamos, existen datos abundantes de que las tres dimensiones en su conjunto predicen mejor los problemas de conducta (incluyendo el TC y el TDAH) que cualesquiera de ellas tomadas de forma aislada, por más que alguna de ellas en particular, dependiendo de la conducta asociada, tenga un mayor peso específico (Salekin, 2016, Redondo y Garrido, 2013; Frogner *et al.*, 2016, Ray *et al.*, 2014). López-Romero, Romero y Luengo (2011) realizaron un estudio longitudinal con 192 niños de entre 6 a 11 años de edad escolarizados en Galicia. Hallaron que los niños que presentaban mayores puntuaciones en psicopatía, obtenían tres años después una mayor frecuencia, gravedad y persistencia de problemas de conducta, tal y como informaron los padres. Todas las dimensiones de la psicopatía resultaron relevantes en esta asociación.

Una investigación longitudinal reciente realizada con alumnos de preescolares suecos de entre tres y cinco años de edad confirma la importancia de evaluar todos los componentes de la psicopatía (Frogner *et al.*, 2016). 1.867 niños (47% niñas) fueron evaluados en psicopatía y en problemas de conducta (PC) de acuerdo con los criterios del DSM-5 en el contexto del estudio SOFIA, que sigue a los niños nacidos en municipios de tamaño medio en el periodo 2005-2007. Se observó que cuando se sumaba en la ecuación el nivel de PC con las puntuaciones de las tres dimensiones de personalidad psicopática se obtenía la mejor predicción de los problemas de conducta dos años después, tanto en los niños como en las niñas. La capacidad predictiva de PC más la psicopatía fue superior a la que se daba mediante el nivel solo de PC y la suma de PC y la dimensión de IE, lo que puso de relieve la importancia de medir los diferentes componentes de la psicopatía para una mejor comprensión de los PC en la infancia.

Esta importancia de medir todos los componentes de la personalidad psicopática queda reforzada por la relativa estabilidad que ha mostrado la psicopatía en el desarrollo de la personalidad hasta entrada la edad adulta, a través de diversos estudios que han medido los rasgos de la psicopatía desde los seis hasta los 24 años (Hawes *et al.*, 2014; Obradović *et al.*, 2007;). Buena parte de dicha estabilidad puede deberse a la influencia genética señalada anteriormente, la cual se ha constatado en su influencia sobre los orígenes de la psicopatía en los individuos (Viding *et al.*, 2008; Viding y McCrory, 2012). Por ejemplo, Bezdjian *et al.* (2011) examinaron los rasgos de la psicopatía en una muestra de 1.219 gemelos y trillizos de 9-10 años y encontraron una alta heredabilidad en las tres dimensiones reunidas en dos factores: NM (narcisismo-manipulación) y IE/I (insensibilidad emocional e impulsividad).

La psicopatía y la violencia filio-parental

La educación de los padres influye sobre los rasgos de psicopatía de los hijos. Antes de empezar a entrar en detalle en la relación existente entre ambos fenómenos, es importante preguntarse primero si los niños (sobre todo) y los jóvenes con rasgos elevados de psicopatía son inmunes a los efectos de la educación de los padres. Podemos adelantar que no, no lo son, los padres pueden influir en el desarrollo de dichos rasgos, como López Romero y sus colaboradores han señalado en la revisión que efectuaron al respecto, y mejor todavía, a través de sus propios estudios empíricos pioneros.

En el primero de ellos (López Romero *et al.*, 2012), los autores obtuvieron datos proporcionados por padres (173) y profesores (113) de 192 niños escolarizados entre 6 y 11 años. Los resultados mostraron la existencia de relaciones estadísticamente significativas entre prácticas y estilos de socialización parental y la presencia de rasgos psicopáticos a edades tempranas, tanto de tipo afectivo-interpersonal como conductual. En concreto, el nivel de dureza e insensibilidad emocional (rasgos IE) observado en los niños cuyos padres eran democráticos en su estilo educativo fue significativamente menor al observado en niños cuyos padres empleaban un estilo autoritario. También se observaron mayores niveles de impulsividad y alteraciones conductuales en los hijos de padres autoritarios frente a los hijos de padres indulgentes y negligentes. Estos resultados, entonces, aunque con las limitaciones propias de un estudio transversal, planteó la influencia de los estilos parentales sobre el desarrollo de la psicopatía en los menores. Sin embargo, los autores advirtieron de otras dos posibilidades que no pudieron ser tomadas en consideración en

el diseño del estudio. Por una parte, la posibilidad de que la correlación familia-rasgos psicopáticos estuviera influida por la varianza genética compartida entre padres e hijos; y por otra, el efecto bidireccional o recíproco entre padres e hijos o, lo que es lo mismo, la existencia de una respuesta de los padres en reacción a las conductas de los hijos, lo que se denomina el efecto evocador del niño sobre los padres: «*De este modo, altos niveles de rasgos como la dureza o insensibilidad emocional, la pobreza de afecto o la manipulación podrían dar lugar al empleo de determinadas prácticas educativas, más duras e inconsistentes, así como a la reducción de los niveles de afecto, diálogo e implicación, favoreciendo la estabilidad de dichos rasgos así como la manifestación de alteraciones conductuales más graves*» (p. 618).

El siguiente estudio fue más ambicioso, ya que incluyó un diseño longitudinal esta vez centrado en la dimensión IE, evaluada mediante informes de padres y autoinformes de los sujetos en 138 adolescentes escolarizados, de entre los 12 y los 17 años de edad (López-Romero *et al.*, 2015). Mediante este diseño se intentó comprobar si una serie de problemas de conducta como acoso escolar y agresividad, así como las pautas educativas de los padres⁴ evaluadas en el Tiempo 1, eran capaces de predecir los rasgos de IE seis años después (Tiempo 2). Los resultados más importantes fueron, entre otros, que los rasgos de IE mostraron una asociación positiva con los problemas de conducta externalizantes (que implicaron acoso escolar y agresión), la conducta antisocial manifestada por ellos mismos y su grupo de iguales, el trastorno por déficit de atención e hiperactividad (TDAH), y la conducta violenta tanto reactiva como proactiva. Del mismo modo, los adolescentes con puntuación alta en IE mostraron también peor rendimiento y una baja implicación en la vida escolar, así como una baja competencia social, caracterizada por carencias notables en habilidades sociales y de comunicación, así como graves problemas en la regulación emocional y autocontrol. Esto confirmó la relevancia del factor IE de la psicopatía como un factor de riesgo para el desajuste psicosocial de los niños y adolescentes (López-Romero *et al.*, 2015).

En segundo lugar, y al igual que el estudio anterior, altos niveles de IE se relacionaron con estilos educativos donde existía poca aceptación, calidez afectiva y una escasa implicación emocional en la atención de los hijos, baja supervisión y comunicación, y un uso severo del castigo, es decir lo propio de estilos educativos autorita-

⁴ Agrupadas en los estilos educativos desarrollados por Baumrind (1996): democrático, autoritario, negligente e indulgente.

rios y negligentes. El estilo educativo democrático predijo en una relación negativa los rasgos de IE de los jóvenes, mientras que los problemas de conducta externalizantes lo hicieron en una asociación positiva.⁵

En todo caso, estos trabajos de los autores españoles vienen a sumarse a otros estudios recientes donde se observó que el estilo educativo de los padres (y en particular las dos variables más críticas: el uso extenso del castigo –en el sentido de una educación inadecuada– y una relación afectiva cálida y de protección –en el sentido de una educación positiva–) sí influye en el desarrollo o inhibición de los rasgos afectivos (IE) de la psicopatía, lo que sin duda tiene importantes implicaciones en el ámbito de la práctica clínica (un resumen de la investigación aparece en Waller, Gardner y Hyde, 2013, y Wilkinson, Waller y Viding, 2016; ver también Zheng *et al.*, 2016; Graziano *et al.*, 2016; Elizur, Somech y Vinokur, 2017).

Hemos querido destacar este punto porque tiene indudables implicaciones para la prevención y tratamiento de niños que muestran comportamientos violentos y, por extensión, también para los que manifiestan VFP.

Un modelo para explicar la VFP en padres adecuados

Llegados a este punto, hay una base importante para poder decir que al menos una parte sustantiva de los niños que participan en actos de VFP muestran rasgos de psicopatía, sin que realmente podamos dar ahora estadísticas al respecto ni, desde luego, señalar quiénes de estos podrían cualificar para ser considerados candidatos a una psicopatía plena (esto es, disponen de las tres dimensiones en un grado elevado). Sencillamente, salvo error, no contamos con ningún estudio realizado con este propósito, ni en España ni en el extranjero.

El pensamiento lógico se impone: si la psicopatía en niños y jóvenes ha probado su importante asociación *con todo tipo de violen-*

⁵ Ahora bien, a pesar de que se trata de un estudio longitudinal, son aplicables aquí las dos precauciones que nos indicaban los autores en su primer estudio acerca de la interpretación de los resultados: se desconoce en qué medida hay una varianza genética compartida entre padres e hijos, y dado que los autores no habían medido el nivel de IE cuando los niños eran pequeños (T1), no se puede descartar que los padres actuaran de forma más autoritaria en T2 en un intento para contrarrestar la irritabilidad y desafío generados por los hijos.

cia, ¿por qué tendría que ser una excepción la VFP? Por ello resulta realmente sorprendente que en ninguno de los estudios españoles revisados en las páginas anteriores –con la excepción del realizado por uno de los autores de este artículo– los autores planteen esa hipótesis, máxime cuando en varios de ellos se describen precisamente rasgos de psicopatía o al menos indicadores muy próximos a estos.

VFP e Insensibilidad Emocional. Así por ejemplo, y en relación con la dimensión IE, podemos mencionar de la revisión anterior que, cuando se miden rasgos de personalidad como la empatía o uno de sus indicadores asociados, los menores agresores de sus padres obtienen una puntuación menor que los chicos acusados de otros delitos (Ibabe y Jaureguizar, 2010 y 2012). De igual modo, cuando se evaluó la inteligencia emocional en jóvenes responsables de VFP y se les comparó con un grupo de no delincuentes, los primeros destacaron en su menor capacidad para identificar y expresar emociones y sentimientos, y en conjunto en una menor inteligencia emocional (Contreras y Cano, 2016b). Esto mismo se destacó en el estudio comunitario de estudiantes de ESO realizado por Lozano Martínez y cols. (2013): la dificultad para identificar emociones fue una variable predictiva de la agresividad de los hijos tanto hacia el padre como hacia la madre.

Por otra parte, aunque de forma indirecta, la ira y la atribución hostil acerca de las conductas de control de los padres pusieron de relieve la dureza emocional de los jóvenes que agredieron a sus padres en el estudio longitudinal de Calvete y cols. (2015a) con cerca de 1.300 adolescentes escolarizados. En efecto, cuando los autores midieron la VFP y un año después evaluaron los cambios habidos en el procesamiento de la información social de los alumnos, se observó que las atribuciones de hostilidad hacia sus padres fue la variable que mejor predijo la selección de nuevas conductas agresivas hacia estos. De igual modo, la VFP medida en primer lugar también predijo un aumento de las atribuciones hostiles un año después. En el caso de las chicas, fue la ira la variable que mejor predijo la VFP. La IE es una dimensión que incluye la empatía y preocupación por las acciones que realizamos en los otros, el sentimiento de culpa y la profundidad de los afectos. Es evidente que tanto la ira como las atribuciones de hostilidad hacia los padres son incompatibles con tales rasgos, de tal manera que se podría plantear la hipótesis de que cuanto mayores sean las puntuaciones en esos factores mayores serían los rasgos de IE en esos jóvenes.

Finalmente, en el único estudio realizado hasta la fecha donde se evaluó específicamente la psicopatía en menores que habían agredi-

do a sus padres y se les comparó con delincuentes juveniles convencionales (estudio Cantabria), los primeros obtuvieron puntuaciones más elevadas en la dimensión de IE (Garrido, 2012).

VFP y Narcisismo-Manipulación. La dimensión de la psicopatía narcisismo-manipulación (NM) ha sido todavía menos estudiada que la anterior, pero cuando fue introducida en los análisis, los responsables de VFP han destacado en ella. Así, en el estudio de Cantabria estos obtuvieron una puntuación mayor en narcisismo que los jóvenes condenados por otros delitos. De igual modo, en el estudio longitudinal desarrollado por el grupo de Calvete, la VFP se asoció fuertemente con el narcisismo, el rechazo de los hijos a los padres y la justificación de la violencia que ejercían aquellos hacia estos (Calvete *et al.*, 2015b). En un trabajo anterior, Calvete *et al.*, (2011) ya observaron que el «esquema grandiosidad-narcisismo» correlacionaba con todos los tipos de VFP.

VFP e Impulsividad/temeridad. Como es lógico, el componente de impulsividad ha sido mucho más estudiado en nuestro país, ya que forma parte esencial del Trastorno Disocial (en el DSM-5, Trastorno de Conducta), así como del TDAH, y estas dos categorías diagnósticas han aparecido casi siempre que se ha investigado este aspecto en las muestras españolas de agresores de sus padres (Cuervo y Rechea, 2010; Garrido, 2012; Ibabe y Jaureguizar, 2010, 2012;). A lo anterior hay que sumar la frecuencia con que el rasgo de baja tolerancia a la frustración y la impulsividad han sido destacados en los estudios de personalidad de los menores agresores de sus padres (por ejemplo, Calvete *et al.*, 2011, 2014). Ahora bien, tal y como ocurre con los psicópatas adultos que están integrados (es decir, que no cometen actos delictivos o al menos llevan una vida integrada sin que sean detectados), es muy importante darse cuenta de que puede darse violencia sin un factor de impulsividad destacado, en la medida en que los niños y jóvenes dispongan de mejores funciones mentales ejecutivas (es decir, habilidades para la toma de decisiones) (Wall *et al.*, 2016), en forma de violencia instrumental de «baja intensidad» u oculta, un contexto que sería propicio para los menores que ejercen VFP mediante la intimidación y la violencia verbal.

Uno de los autores de este artículo (Garrido, 2012, 2013) hace ya unos años planteó un modelo para explicar la violencia de los hijos hacia los padres que no resultaba causada por los malos tratos (físicos y/o emocionales) de los segundos hacia los primeros, desarrollando así la idea esencial planteada en 2005 acerca del factor psicopatía en la violencia filio-parental de hogares «normales», donde también se señalaba que los padres muy inadecuados, violentos o

negligentes, podían favorecer el desarrollo de rasgos psicopáticos en sus hijos genéticamente vulnerables (Garrido, 2005). Es decir, la personalidad psicopática sería un elemento determinante de la VFP en aquellas familias que, a pesar de que cuenta con padres que educan correctamente (no son negligentes ni punitivos), no disponen de la preparación o los recursos necesarios para atender a unos hijos que presentan dificultades excepcionales de socialización. En aquellos hogares donde ya hay claros factores de riesgo de la VFP (revisados en la parte primera de este trabajo), las dimensiones de la psicopatía tendrían un claro efecto potenciador, tanto por lo que respecta al inicio e intensidad de la VFP, como en lo referente a la extensión de la violencia a otros miembros del núcleo familiar y a otros contextos como la escuela y la calle.

Estas hipótesis no han sido todavía contrastadas, no solo en nuestro país sino tampoco en la literatura internacional, al menos que nosotros sepamos. En todo caso, creemos que es importante plantear un modelo explicativo de este otro tipo de familias donde se produce VFP con el propósito de establecer los argumentos que vinculan los rasgos de la psicopatía con el desarrollo de lo que hemos averiguado acerca de los jóvenes implicados en VFP y sus familias.

Este modelo aparece en la figura 1. Aunque resulte ocioso mencionarlo, es evidente que los jóvenes (como los adultos) varían en el grado en que manifiestan los rasgos de la psicopatía, de ahí que el modelo haya de verse no tanto como un conjunto de factores necesariamente siempre presentes en todo los casos donde la violencia de los hijos no esté explicada por la educación y trato afectivo de los padres, sino como un esquema general donde tendrían cabida las necesarias diferencias individuales propias de todas las variables intervinientes en el proceso de desarrollo de la persona.

La idea esencial del modelo descansa, como es lógico, en la propia concepción de la psicopatía que hemos revisado anteriormente. Los niños psicópatas presentan graves carencias en su capacidad de vincularse emocionalmente (rasgos afectivos propios de la dimensión Insensibilidad Emocional) y en la percepción del temor ante el riesgo y el castigo (la dimensión Impulsividad; Viding y McCrory, 2012). Estos dos son los grandes obstáculos que tienen los padres delante de sí para educar a sus hijos. Incluso los padres más eficaces en educar con el estilo democrático encontrarán más difícil educar a estos chicos.

A partir de estos déficits principales, la escasa empatía y la culpa acompañan, por una parte, el crecimiento del niño. Esto provoca que, cuando se llega a la edad crítica de la pre-adolescencia

(donde suele empezar la VFP), estos chicos no estén afectivamente vinculados a sus padres ni hayan interiorizado las normas morales asociadas a dicho vínculo. Por otra parte, el bajo miedo al castigo y la ausencia de un código ético interiorizado debido al escaso apego con los padres, junto con su creciente engreimiento (derivado del narcisismo) llevan a que los menores perciban que los padres no están legitimados para negarles sus deseos, lo que en la figura se señala con «bajo sentido de la contención». A esto ha de añadirse que esa deslegitimización de la función supervisora y educadora de sus padres se asocia a una atribución hostil de las intenciones de estos, como se ha revelado en la investigación antes revisada. Finalmente, el resultado natural de esto es que se produce una hiperfocalización u obstinación en las metas egocéntricas que anhela el joven (lo que se incrementa a medida que va llegando a la adolescencia y gana en autonomía, expandiéndose sus deseos más allá del hogar (y por ello, incrementando sus exigencias).

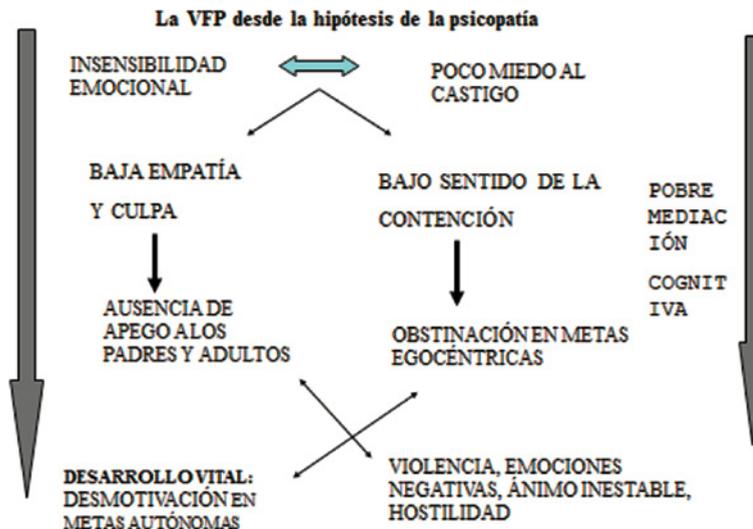
En la figura 1, en la parte lateral derecha (del lector) vemos una flecha indicando una pobre mediación cognitiva. La investigación en psicopatía ha señalado los problemas que tienen los jóvenes en desarrollar representaciones mentales complejas, y no cabe duda de que una pobre inteligencia emocional, asociada también a los rasgos de IE, ayudan a explicar el pobre procesamiento de la información social y emocional que es característica en muchos de estos menores. Si a esto le sumamos el engreimiento propio del narcisismo, que tiende a dificultar el ejercicio de la empatía, y la impulsividad, que minimiza la reflexión a favor de la acción y el logro de los deseos inmediatos, se verá claro de qué modo el empobrecimiento de la labor del pensamiento tendrá un efecto facilitador de la violencia intrafamiliar.

Todo lo anterior confluye en una serie de estados psicológicos y conductas que se ha mostrado repetidamente en la investigación tanto de los menores agresores de los padres que hemos revisado aquí, como de los menores con rasgos elevados de psicopatía. En efecto, los investigadores españoles han señalado repetidamente, junto a la violencia, la presencia en estos chicos de sentimientos de depresión y de baja autoestima, así como otros problemas psicológicos, y una presencia habitual de emociones hostiles, producto de una escasa tolerancia de la frustración y de atribuciones igualmente hostiles a los padres. La teoría de las emociones diferenciales de Izard (1991) propone que las emociones positivas facilitan muchos aspectos del desarrollo del niño, mientras que las experiencias negativas inhiben el comportamiento prosocial y la empatía. Schultz, Izard y Bear (2004) han mostrado que la emoción positiva de la felicidad corre-

laciona con la atribución correcta de las emociones en los otros y con la empatía. En estos chicos, por consiguiente, las dificultades para procesar las emociones prosociales generarían expectativas negativas (hostiles) o instrumentales con respecto a las relaciones con los otros, así como respuestas agresivas, que a la vez evocarían respuestas negativas de estos, generando así un círculo vicioso que ayudaría a generar los estados de ánimo depresivos hallados en la literatura revisada.

Por otra parte, el fracaso escolar y la escasa inteligencia emocional están asociados a una falta de desarrollo de motivaciones autónomas, dado que el esfuerzo progresivo en el aula a medida que el joven se va haciendo mayor depende de la capacidad de autocontrol y de demora de la gratificación, así como de una adecuada competencia social en las relaciones con compañeros y adultos. Finalmente, el consumo de drogas –señalado también en la investigación revisada– vendría a ser tanto un elemento que ayudaría a esa pobreza en la fijación de las metas autónomas como una consecuencia de un estado emocional inestable y de las frustraciones de sentirse incompetente en el aula y en las relaciones sociales.

Figura 1. Variables implicadas en el desarrollo de la VFP atendiendo a la hipótesis de la psicopatía (Garrido, 2013)



Conclusiones: Implicaciones para la prevención y tratamiento de la VFP

La implicación práctica que se deriva de ambos estudios en términos de tratamiento y prevención en el ámbito comunitario, parece estar en el siguiente interrogante: ¿están los padres preparados para compensar con sus prácticas de crianza la dificultad de socialización que por razones genéticas y temperamentales tienen sus hijos? En efecto, vimos que los niños con rasgos de psicopatía no son insensibles a las pautas educativas de los padres. La educación coercitiva, negligente, y la exposición a la violencia facilita su psicopatía y sus actos agresivos, y viceversa: la educación afectuosa pero con controles de conducta ayuda a paliar los efectos de estos rasgos. Pero es igualmente cierto que existe un efecto recíproco: el niño evoca actitudes y conductas en los padres, de tal modo que estos han de saber superar las dificultades de un niño con estos rasgos, lo cual sin duda no está al alcance de todos los padres, particularmente en hogares donde la cabeza de familia es la madre (la principal víctima), y tiene que hacer frente a todas las necesidades de los hijos.

Esta mayor dificultad para educar a los niños con rasgos de psicopatía se deriva de toda la investigación básica, donde consta la fuerte asociación entre desajuste personal y social y la personalidad psicopática. Por otra parte, un reciente meta-análisis acerca de la efectividad del tratamiento en niños y jóvenes con rasgos elevados de IE probó la dificultad de lograr cambios en la mejora de tales rasgos a cargo de programas especializados: en cuatro de siete estudios revisados el tratamiento redujo la dimensión IE, pero en siete de quince estudios los rasgos de IE se asociaron a resultados de tratamiento pobres (Wilkinson *et al.*, 2016). Si incluso profesionales que actúan en programas especializados acusan el impacto de tratar con niños con elevada insensibilidad emocional, ¿cómo vamos a pedir a los padres «normales» que realicen un esfuerzo extraordinario sin ayuda para enderezar a sus hijos difíciles?

Finalmente, hemos de recordar que no hay duda de que buena parte de la VFP puede deberse a factores educativos y ambientales. La experiencia directa o indirecta de la violencia ha aparecido en las investigaciones españolas como un factor frecuente, ratificando los resultados de la literatura internacional (Lyons, Bell, Fréchette y Romano, 2016) Sin embargo, tal hecho no invalida que puedan existir diferentes trayectorias hacia la VFP, tal y como ocurre en el ámbito de la delincuencia juvenil (Salihvic y Stattin, 2016). Los profesionales deberían ser conscientes de que la personalidad psicopática, en su conjunto o en algunos de sus factores, podría estar desempe-

ñando un papel relevante en las agresiones que sufren los padres. Al igual que lo que sucede en la delincuencia juvenil, podría existir en la VFP una trayectoria asociada a la violencia vivida, con rasgos de baja autoestima, ansiedad, ánimo depresivo y otros problemas psicológicos dominados por la impulsividad, y otra trayectoria donde dominarían los rasgos de IE y NM junto a una impulsividad variable, en función del control ejecutivo que estos chicos pudieran tener. Claramente, la unión de un ambiente con factores de riesgo de VFP y la presencia de rasgos de psicopatía en los niños daría como resultado los comportamientos agresivos más precoces, intensos y con una mayor extensión a otras personas y contextos.

Una conclusión importante de lo anterior es hacer una buena valoración diagnóstica considerando la posible existencia de los rasgos de la personalidad psicopática. Por otra parte, tales profesionales podrían beneficiarse de la investigación existente acerca del tratamiento eficaz de los niños y jóvenes con este trastorno e incorporarla a su programa de actuación (Garrido, Morales y Sánchez-Meca, 2008). Como ya se ha dicho, los rasgos de la psicopatía no son inmutables, y muchos padres necesitan ayuda profesional específica para compensarlos, en la medida de lo posible.

Referencias bibliográficas

- ABADÍAS, A. (2016). *La violencia filio-parental y la reinserción del menor infractor*. Barcelona: Bosch Editores.
- BAUMEISTER, R., SMART, L. y BODEN, J. (1996). «Relation of threatened egotism to violence and aggression: The dark side of high self-esteem». *Psychological Review*, 103, 5–33. <https://doi.org/10.1037//0033-295x.103.1.5>.
- BAUMRIND, D. (1996). «Parenting: The discipline controversy revisited». *Family Relations*, 45, 405-414. <https://doi.org/10.2307/585170>.
- BEAVER, K., VAUGHN, M., DELISI, M., BARNES, J. y BOUTWELL, B. (2012). «The neuropsychological underpinnings to psychopathic personality traits in a nationally representative and longitudinal sample». *Journal of Psychiatry Quarterly*, 83, 145-159. <https://doi.org/10.1007/s11126-011-9190-2>.
- BEZDJIAN, S., RAINE, A., BAKER, L. y LYNAM, D. (2011). «Psychopathic personality in children: Genetic and environmental contributions». *Psychological Medicine*, 41, 589–600. <https://doi.org/10.1017/s0033291710000966>.

- BLAIR, J., MITCHELL, D. y BLAIR, K. (2005). *The psychopath. Emotion and the brain*. Londres: Blackwell.
- CALVETE, E., GÁMEZ-GUADIX, M. y GARCÍA-SALVADOR, S. (2015a). «Social Information Processing in Child-to-Parent Aggression: Bidirectional Associations in a 1-year». *Prospective Study. Journal of Child Family Studies*, 24, 2204-2216. DOI 10.1007/s10826-014-0023-4.
- CALVETE, E., GÁMEZ-GUADIX, M., y ORUE, I. (2010). «El Inventario de Dimensiones de Disciplina (DDI). Versión niños y adolescentes: Estudio de las prácticas de disciplina parental desde una perspectiva de género». *Anales de psicología*, 26(2). 410-418.
- (2014a). «Características familiares asociadas a violencia filio-parental en adolescentes». *Anales de Psicología*, 30(3). 1176-1182. <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.30.3.166291>.
- CALVETE, E., ORUE, I., BERTINO, L., GONZÁLEZ, Z., MONTES, Yadira, PADILLA, P. y PEREIRA, R. (2014b). «Child-to-Parent Violence in Adolescents: The Perspectives of the Parents, Children, and Professionals in a Sample of Spanish Focus Group Participants». *Journal of Family Violence*, 29, 343-352. DOI: 10.1007/s10896-014-9578-5.
- CALVETE, E., ORUE, I. y GÁMEZ-GUADIX, M. (2015b). «Reciprocal longitudinal associations between substance use and child-to-parent violence in adolescents». *Journal of Adolescence*, 44, 124-133. <http://dx.doi.org/10.1016/j.adolescence.2015.07.015> 0140.
- Calvete, E., Orue, I., Gámez-Guadix, M. y Bushman, B. (2015c). «Predictors of Child-to-Parent Aggression: a 3 year longitudinal study». *Developmental Psychology*, 51(5). 663-676. <http://dx.doi.org/10.1037/a0039092>.
- CALVETE, E., ORUE, I., GÁMEZ-GUADIX, M., DEL HOYO-BILBAO, J. y LÓPEZ DE ARROYABE, E. (2015d). «Child-to-Parent Violence: an exploratory study of the roles of family violence and parental discipline through the stories told by spanish children and their parents». *Journal of Violence and Victims*, 30(6). <http://dx.doi.org/10.1891/0886-6708.VV-D-14-00105>.
- CALVETE, E., ORUE, I. y GONZÁLEZ-CABRERA, J. (en prensa). «Violencia filio-parental: comparando lo que informan los adolescentes y sus progenitores». *Revista de Psicología Clínica con Niños y Adolescentes*. En prensa. <http://www.revistapcna.com/sites/default/files/16-08.pdf>.
- CALVETE, E., ORUE, I. y SAMPEDRO, R. (2011). «Violencia filio-parental en la adolescencia: características ambientales y personales». *Infancia y Aprendizaje*, 34(3). 349-363. DOI:10.1174/021037011797238577.

- CARRASCO, N. (2014). «Violencia Filio-Parental: características personales y familiares de una muestra de Servicios Sociales». *Trabajo Social Hoy*, 73, 63-78. DOI: <http://dx.doi.org/10.12960/TSH.2014.0016>.
- CONTRERAS, L. y CANO, C. (2014). «Family profile of Young offenders who abuse their parents: a comparison with general offenders and non-offenders». *Journal of Family Violence*, 29, 901-910. DOI: [10.1007/s10896-014-9637-y](https://doi.org/10.1007/s10896-014-9637-y).
- CONTRERAS, L. y CANO, M. (2016a). «Child-to-parent violence: The role of exposure to violence and its relationship to social-cognitive processing». *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 8, 43-50. <http://dx.doi.org/10.1016/j.ejpal.2016.03.003>.
- CONTRERAS, L. y CANO, C. (2016b). «Social competence and Child-to-Parent Violence: analyzing the role of the emotional intelligence, social attitudes and personal values». *Journal of Deviant Behavior*, 37(2), 115-125. <http://dx.doi.org/10.1080/01639625.2014.983024>.
- CUERVO, A, FERNÁNDEZ-MOLINA, E. y RECHEA, C. (2008). «Menores agresores en el hogar». *Boletín Criminológico del Instituto Andaluz Interuniversitario de Criminología*, 106.
- CUERVO, A. y RECHEA, C. (2010). «Menores agresores en el ámbito familiar». Un estudio de casos. *Revista de Derecho Penal y Criminología*, 3, 353-375.
- DADDS, M. R., JAMBRACK, J., PASALICH, D., HAWES, D. J., y BRENNAN, J. (2011). «Impaired attention to the eyes of attachment figures and the developmental origins of psychopathy». *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 52, 238-245.
- ELIZUR, Y., SOMECH, L. y VINOKUR, A. (2017). «Effects of parent training on callous-unemotional traits, effortful control and conduct problems: Mediation by parenting». *Journal of Abnormal Child Psychology*, 45, 15-26. <https://doi.org/10.1007/s10802-016-0163-7>.
- EZPELETA, L., DE LA OSA, N., GRANERO, R., PENELO, E., y DOMÉNECH, J. M. (2013). «Inventory of Callous–Unemotional traits in community sample of preschoolers». *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 42, 91–105. <https://doi.org/10.1080/15374416.2012.734221>.
- FANTI, K. y KIMONIS, E. (2013). «Dimensions of juvenile psychopathy distinguish “bullies”, “bully-victims”, and “victims”». *Psychology of Violence*, 3, 396–409. <https://doi.org/10.1037/a0033951>.
- FRICK, P. y MORRIS, A. (2004). «Temperamental and developmental pathways to conduct problems». *Journal of Clinical Child*

- and *Adolescent Psychology*, 33, 54-68. https://doi.org/10.1207/s15374424jccp3301_6.
- FRICK, P., RAY, J., THORNTON, L. y KAHN, R. (2014). «Can callous-unemotional traits enhance the understanding, diagnosis, and treatment of serious conduct problems in children and adolescents? A comprehensive review». *Psychological Bulletin*, 140(1). 1-57. <https://doi.org/10.1037/a0033076>.
- FROGNER, L., GIBSON, C. L., ANDERSHED, A.-K., & ANDERSHED, H. (2016, October 27). «Childhood psychopathic personality and callous-unemotional traits in the prediction of conduct problems». *American Journal of Orthopsychiatry*. Advance online publication. <http://dx.doi.org/10.1037/ort0000205>.
- GÁMEZ-GUADIX, M. y CALVETE, E. (2012). «Violencia filio-parental y su asociación con la exposición a la violencia marital y la agresión de padres a hijos». *Psicothema*, 24(2). 277-283.
- GARRIDO, V. (2005). *Los hijos tiranos: el síndrome del emperador*. Barcelona: Ariel.
- (2012). *Prevención de la violencia filio-parental: el Modelo de Cantabria*. Santander, Gobierno de Cantabria: Servicio de Publicaciones. Serie: Documentos Técnicos.
- (2012, julio). *El psicópata y su relación con la violencia y el delito*. Ponencia en el Curso «Trastornos mentales y violencia». Universidad de Alicante.
- (2013, mayo). *La violencia de los hijos hacia los padres: Diagnóstico y pautas de intervención*. Ponencia en las jornadas «Ley del menor: Retos e intervención». Universidad de Vigo.
- GARRIDO, V., MORALES, A. y SÁNCHEZ-MECA, J. (2006). What works for serious juvenile offenders? A systematic review. *Psicothema*, 18, 611-619.
- GONZÁLEZ-ÁLVAREZ, M., GRAÑA, J., MORÁN, N. y GARCÍA-VERA, M. (2012). «Violencia de hijos a padres: características contextuales descriptoras de los menores agresores». *Psicopatología Clínica Legal y Forense*, 12, 7-23.
- GRAZIANO, P., FABIANO, G., WILLOUGHBY, M., WASCHBUCH, D., MORRIS, K., SCHATZI, N. y VUJNOVIC, R. (2016). «Callous-unemotional traits among adolescents with attention-deficit/hyperactivity disorder (ADHD): Associations with parenting». *Child Psychiatry Hum Dev*. DOI:10.1007/s10578-016-0649-0.
- HARE, R. (2003). *Manual for the Revised Psychopathy Checklist (2.^a Ed.)*. Toronto: Multi-Health Systems.

- (2016). «Psychopathy, the PCL-R, and Criminal Justice: Some new findings and current issues». *Canadian Psychology*, 57, 21-34. <https://doi.org/10.1037/cap0000041>.
- HAWES, S., MULVEY, E., SCHUBERT, C. y PARDINI, D. (2014). «Structural coherence and temporal stability of psychopathic personality features during emerging adulthood». *Journal of Abnormal Psychology*, 123, 623–633. <https://doi.org/10.1037/a0037078>.
- IBABE, I. (2014). «Efectos directos e indirectos de la violencia familiar sobre la violencia filio-parental». *Estudios de Psicología*, 35(1). 137-167. <http://dx.doi.org/10.1080/02109395.2014.893647>.
- (2015). «Predictores familiares de la violencia filio-parental: el papel de la disciplina familiar». *Anales de psicología*, 31(2). 615-625. <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.31.2.174701>.
- IBABE, I., ARNOSO, A. y ELGORRIAGA, E. (2014a). «Behavioral problems and depressive symptomatology as predictors of child-to-parent violence». *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 6, 53-61. DOI: 10.1016/j.ejpal.2014.06.004.
- (2014b). «The clinical profile of adolescent offenders of child-to-parent violence». *Journal of Social and Behavioral Sciences*, 131, 377-381. doi: 10.1016/j.sbspro.2014.04.133.
- IBABE, I. y BENTLER, P. (2016). «The contribution of family relationships to Child-to-Parent Violence». *Journal of Family Violence*, 31, 259-269. DOI: 10.1007/s10896-015-9764-0.
- IBABE, I. y JAREGUIZAR, J. (2010). «Child-to-parent violence: profile of abusive adolescent and their families». *Journal of Criminal Justice*, 38, 616-624. doi:10.1016/j.jcrimjus.2010.04.034.
- (2011). «¿Hasta qué punto la violencia filio-parental es bidireccional?». *Anales de Psicología*, 27(2). 265-277.
- (2012). «El perfil psicológico de los menores denunciados por violencia filio-parental». *Revista Española de Investigación Criminológica*, 9, 1-19.
- IBABE, I., JAUREGUIZAR, J. y BENTLER, P. (2013). «Risk factors for Child-to-Parent Violence». *Journal of Family Violence*, 28, 523-534. DOI: 10.1007/s10896-013-9512-2.
- IZARD, C. (1991). *The psychology of emotions*. Nueva York: Plenum Press.
- KAHN, R., ERMER, E., SALOVEY, P. y KIEHL, K. (2016). «Emotional intelligence and callous-unemotional traits in incarcerated adolescents». *Child Psychiatry & Human Development*, 47, 903-917. <https://doi.org/10.1007/s10578-015-0621-4>.

- KOCHANSKA, G., MURRAY, K. y HARLAN, E. (2000). «Effortful control in early childhood: Continuity and change, antecedents, and implications for social development». *Developmental Psychology*, 36, 220–232. <https://doi.org/10.1037//0012-1649.36.2.220>.
- LEBRETON, J., BAYSINGER, M., ABBEY, A. y JACQUES-TIURA, A. (2013). «The relative importance of psychopathy-related traits in predicting impersonal sex and hostile masculinity». *Personality and Individual Differences*, 55, 817-822. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2013.07.009>.
- LOZANO-MARTÍNEZ, S., ESTÉVEZ, E. y CARBALLO, J. (2013). «Factores individuales y Familiares de Riesgo en casos de Violencia Filio-Parental». *Documentos de trabajo social: Revista de trabajo y acción social*, (52). 239-254.
- LÓPEZ-ROMERO, L., ROMERO, E., y GÓMEZ-FRAGUELA, J. (2015). «Delving into Callous–Unemotional Traits in a Spanish Sample of Adolescents: Concurrent Correlates and Early Parenting Precursors». *Journal of Child & Family Studies* 24, 1451–1468. <https://doi.org/10.1007/s10826-014-9951-2>.
- López-Romero, L., Romero, E. y Luengo, M. (2011). La personalidad psicopática como indicador distintivo de severidad y persistencia en los problemas de conducta infanto-juveniles. *Psicothema*, 23(4). 660-665.
- LÓPEZ-ROMERO, L., ROMERO, E. y VILLAR, P. (2012). «Relaciones entre estilos educativos parentales y rasgos psicopáticos en la infancia». *Behavioral Psychology*, 20(3). 2012, 603-623.
- LYNAM, D. (1997). «Pursuing the psychopath: Capturing the fledgling psychopath in a nomological net». *Journal of Abnormal Psychology*, 106, 425–438. <https://doi.org/10.1037//0021-843x.106.3.425>.
- LYONS, J., BELL, T., FRÉCHETTE, S. y ROMANO, E. (2015). «Child-to-parent violence: Frequency and family correlates». *Journal of Family Violence*, 30, 729-742. <https://doi.org/10.1007/s10896-015-9716-8>.
- MORRONGIELLO, B., SANDOMIERSKI, M. y VALLA, J. (2010). «Early identification of children at risk of unintentional injury: A sensation seeking scale for children 2–5 years of age». *Accident Analysis and Prevention*, 42, 1332–1337. <https://doi.org/10.1016/j.aap.2010.02.014>.
- OBRADOVIC, J., PARDINI, D., LONG, J. y LOEBER, R. (2007). «Measuring interpersonal callousness in boys from childhood to adolescence: An examination of longitudinal invariance and temporal sta-

- bility». *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 36, 276–292. <https://doi.org/10.1080/15374410701441633>.
- O'CONNOR, T, HUMAYUN, S., BRISKMAN, J. y SCOTT, S. (2016). «Sensitivity to parenting in adolescents with callous/unemotional traits: Observational and experimental findings». *Journal of Abnormal Psychology*, 125, 502-513. <https://doi.org/10.1037/abn0000155>.
- ROOSE, A., BIJTTEBIER, P., DECOENE, S., CLAES, L., y FRICK, P. (2010). «Assessing the affective features of psychopathy in adolescence: A further validation of the inventory of callous and unemotional traits». *Assessment*, 17, 44–57. <https://doi.org/10.1177/1073191109344153>.
- SALEKIN, R. (2016). «Psychopathy in childhood: Toward better informing the DSM-5 and ICD-11 conduct disorder specifiers». *Personality Disorders: Theory, Research and Treatment*, 7, 180-191. <https://doi.org/10.1037/per0000150>.
- SALIHVIC, S. y STATTIN, H. (2016). «Psychopathic Traits and Delinquency Trajectories in Adolescence». *Journal of Psychopathology Behavioral Assessment*. <https://doi.org/10.1007/s10862-016-9553-y>.
- SCHIMMENTI, A., PASSANISI, A., PACE, U., MNZELLA, S., DI CARLO, G. y CARETTI, V. (2014). «The relation between attachment and psychopathy: a study with a sample of violent offenders». *Journal of Current Psychology*, 33, 256-270. <https://doi.org/10.1007/s12144-014-9211-z>.
- SHARP, C., y VANWOERDEN, S. (2014). «The developmental building blocks of psychopathic traits: Revisiting the role of theory of mind». *Journal of Personality Disorders*, 28, 78–95. <https://doi.org/10.1521/pedi.2014.28.1.78>.
- SCHULTZ, D., IZARD, C. y BEAR (2004). «Children's emotion processing: Relations to emotionality and aggression». *Development and Psychopathology*, 16, 371-378.
- STELLWAGEN, K. y KERIG, P. (2013). «Ringleader bullying: Association with psychopathic narcissism and theory of mind among child psychiatric inpatients». *Child Psychiatry and Human Development*, 44, 612–620. <https://doi.org/10.1007/s10578-012-0355-5>.
- VIDING, E., JONES, A., FRICK, P., MOFFITT, T. y PLOMIN, R. (2008). «Heritability of antisocial behaviour at 9: do callous-unemotional traits matter?». *Developmental science*, 11, 17-22. <https://doi.org/10.1111/j.1467-7687.2007.00648.x>.

- VIDING, E. y MCCRORY, E. (2012). «Genetic and neurocognitive contributions to the development of psychopathy». *Development and Psychopathology*, 24, 969-983.
- WALL, T., FRICK, P., FANTI, K., KIMONIS, E. y LORDOS, A. (2016). «Factors differentiating callous-unemotional children with and without conduct problems». *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 57, 976-983. <https://doi.org/10.1111/jcpp.12569>.
- WALLER, R., GARDNER, F. y HYDE, L. W. (2013). «What are the associations between parenting, callous-unemotional traits, and antisocial behaviour in youth? A systematic review of evidence». *Clinical Psychology Review*, 33, 593-608.
- WALSH, J. y KRIENERT, J. (2007). «Child-parent Violence: an empirical analysis of offender, victim, and event characteristics in a national sample of reported incidents». *Journal of Family Violence*, 22, 563-574.
- WILKINSON, S., WALLER, R. y VIDING, E. (2016). «Practitioner Review: Involving young people with callous unemotional traits in treatment – does it work? A systematic review». *Journal of Child Psychology and Psychiatry* 57, 552–565. <https://doi.org/10.1111/jcpp.12494>.
- ZHENG, Y., PASALICH, D., OBERTH, C., McMAHON, R. y PINDERHUGHES, E. (2016). «Capturing parenting as a multidimensional and dynamic construct with a person-oriented approach». *Prevention Science*. DOI:10.1007/s11121-016-0665-0.